



Comentario bibliográfico

Overy, Richard: *Al Borde del Abismo. Diez días de 1939 que condujeron a la segunda guerra mundial*, Barcelona, Tusquets Editores, 2010.

Esteban González Rittler

UBA

ritgon@gmail.com

La idea de que en la historia nada es inevitable ha sido, y es todavía, una premisa ampliamente debatida en el terreno de la historiografía y, particularmente, en los estudios abocados a los conflictos sociales y políticos. En el libro que aquí se reseña, esta discusión adquiere un carácter urgente: Richard Overy,¹ apartándose de los estudios estructuralistas, intenta demostrar de qué forma, en los diez días que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, y teniendo en cuenta la delicada situación económica, social y política en que se encontraba Europa en ese momento, fueron las decisiones y los tratos diplomáticos entre las naciones luego implicadas en la guerra (y particularmente entre sus líderes: Chamberlain y Halifax para Gran Bretaña, Daladier y Bonnet para Francia, Hitler y von Ribbentrop para Alemania, y Beck para Polonia) los elementos centrales en el desencadenamiento del conflicto armado más letal y destructivo de la historia de la humanidad. Esta idea se expresa mucho mejor

¹ El autor es profesor de historia en la Universidad de Exeter, y su prolífica obra historiográfica gira, sobre todo, en torno a la historia europea de la primera mitad del siglo XX, y especialmente en torno de la Segunda Guerra Mundial. Se destacan para esta problemática, entre otros: *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Barcelona, Tusquets Editores, 2006; *Por qué ganaron los aliados*, Barcelona, Tusquets Editores, 2011; *Russia's War. A History of the Soviet War Effort: 1940-1945*, Nueva York, Penguin Books, 1998.

en el título de la versión española que en el original: 1939: *Countdown to war*;² y es que, en efecto, la idea de una “cuenta regresiva” da la pauta de que, en los días anteriores a iniciarse la guerra, el comienzo de la misma ya hubiese sido pactado y aceptado por todos, cuando, en realidad, lo que quiere demostrar el autor es que en 1939 había todavía múltiples contingencias, que el escenario de una guerra general no fue aceptado sino hasta el último momento, y que lo que primó fue la cautela (y, en ocasiones, el declarado optimismo), en un esfuerzo general por evitar una guerra de amplio alcance (de un lado), y una guerra en sí misma (de otro lado). El contexto de decadencia civil europea se había evidenciado con la Primera Guerra Mundial, mientras que la crisis económica y social había comenzado inmediatamente al concluir ésta, relajándose relativamente en la década de 1920, y volviendo a acentuarse, con matices nacionales y regionales, en la siguiente. Las relaciones diplomáticas cordiales al interior de Europa fueron encontrando cada vez más escollos durante la década de 1930, especialmente desde el ascenso del nacionalsocialismo al poder y, para mediados de 1939, el mundo se encontraba, efectivamente, al borde de un nuevo (y, visto en retrospectiva, mucho más profundo) abismo. Sin embargo, fue el accionar de individuos concretos, en circunstancias extraordinarias, lo que impulsó a Europa a dar ese último paso hacia su propia perdición.

La obra viene a ser un epílogo para *The Road to War*³ (en donde Overy cuenta el devenir de la política europea en los veintiún años que separaron a la Primera Guerra Mundial de la Segunda), y toma la forma de un relato profundamente fáctico de los acontecimientos, articulado por medio de una prosa muy cuidada, característica de este autor. La principal virtud, y lo que hace original a este estudio, teniendo en cuenta la inmensa cantidad de obras y artículos que se escribieron sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, son las numerosas fuentes prístinas (documentación oficial, correspondencia y diarios personales, especialmente) que el autor utilizó para

2 Overy, Richard. 1939: *Countdown to War*. Londres, Penguin Books, 2009. La traducción de la palabra inglesa *countdown* al español es, literalmente, cuenta regresiva.

3 Overy, Richard y Wheatcroft, Andrew: *The Road to War*, Londres, Macmillan London Ltd y BBC Books, 1989. En este trabajo, al igual que en el libro aquí reseñado, Overy destaca la necesidad de interpretar los sucesos previos a la Segunda Guerra Mundial dejando de lado los juicios propios de un lector que conoce el resultado último del experimento que está observando: al igual que en 1939, la política de las dos décadas previas a la Segunda Guerra Mundial se desarrolló en un contexto cambiante e incierto, en el cual la posibilidad de un conflicto bélico era solo una entre otras. Aquí también fueron las relaciones entre Naciones y hombres de Estado con percepciones particulares, en un contexto específico, las que trazaron el camino hacia la guerra.

fundamentar sus argumentos. De forma inversa, las fuentes secundarias se encuentran prácticamente ausentes de este estudio. El libro, por su parte, se estructura en tres secciones: un prólogo, cuatro capítulos, y una conclusión.

El prólogo es, más bien, una introducción, y sirve a los propósitos de enlazar *The Road to war* con el cuerpo de *Al borde del abismo*: se ocupa de elaborar una breve síntesis de los acontecimientos que tomaron lugar, en la escena diplomática internacional, entre 1938 y fines de agosto de 1939, especialmente en cuanto a las actitudes de los gobiernos alemán, británico, francés y polaco, respecto de ciertos temas, y especialmente a las consecuencias que para las relaciones diplomáticas tuvo la “cuestión polaca” (el status de la ciudad de Danzig y la propia existencia del Corredor Polaco), advirtiendo, sin embargo, que la misma debe ser entendida como reflejo de algo subyacente y de mucho más largo alcance: la tensión en el orden europeo provocada por el desmoronamiento del sistema internacional posterior a la Primera Guerra Mundial. La ambición imperialista de Alemania (fundamentada en imperativos ideológicos propios del nacionalsocialismo —la voluntad por conquistar el *Lebensraum*—), la postura intransigente de Polonia hacia la posibilidad de debatir esa “cuestión”, y el compromiso defensivo de Gran Bretaña y Francia (cuya voluntad era, ante todo, la de limitar futuras iniciativas alemanas), no derivaron automáticamente en la invasión de Polonia por Alemania ni en la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña y Francia, a inicios de septiembre de 1939. Por el contrario, sostiene Overy, la posibilidad de evitar la guerra existía aún en las últimas horas de agosto, y fueron las decisiones de los hombres de Estado en los últimos meses lo que situó a Europa en un rumbo de colisión, del cual sería cada vez más difícil apartarse.

Sin embargo, el endurecimiento de las posturas de cada bando, no sostiene, por sí mismo, la idea de que una guerra a gran escala haya sido inevitable, ni mucho menos apetecible. Antes bien, la mayor parte de Europa pretendía, de hecho, evitar una guerra, a excepción de Hitler, que (en un comienzo), si bien anhelaba llevar a cabo una acción armada, buscaba limitar la misma a un conflicto fundamentalmente regional (Polonia primero, Francia después), más de acuerdo con la estrategia del *Blitzkrieg*, sin enfrentarse, en la medida de lo posible, al Reino Unido ni —como atestigua el Pacto Ribbentrop-Molotov— a la Unión Soviética. Para el resto de los posteriormente involucrados, la guerra terminó siendo, en los últimos días de agosto, algo inevitable y necesario,

pero, a fin de cuentas, potencial.⁴ Los juegos de poder ubicaron las piezas en su lugar desde el 24 de agosto, y la potencialidad terminó de fraguar el 3 de septiembre.

Los capítulos 1 y 2 se ocupan de los acontecimientos ocurridos entre el 24 y el 31 de agosto. Durante esta semana, inaugurada por la firma del Pacto Nazi-Soviético, reinaron los esfuerzos diplomáticos, de parte de las potencias occidentales, por hacer desistir a Hitler, quien, por otro lado, se mostró cada vez menos dispuesto a echarse atrás —como lo había hecho el año anterior, pero con respecto a Checoslovaquia—, a la vez que intentó fomentar los desencuentros entre Polonia y Gran Bretaña y, por lo tanto, el compromiso de parte de esta potencia para con la causa polaca. Chamberlain, Halifax y Daladier se fueron convenciendo cada vez más de que la guerra podía ser la única salida a la crisis polaca, y que la única forma de generar un cambio en la iniciativa alemana era por medio de una actitud de firmeza.

Esta actitud (la cual, por cierto, no había sido realmente considerada por Hitler) generó que la invasión alemana de Polonia, que debería haber empezado el 25 de agosto, se retrasara algunos días, a la espera de un desistimiento por parte de Chamberlain, el cual nunca llegaría. Del otro lado, se consideró la posibilidad de llegar a un acuerdo pacífico con Alemania, pero por medio de una negociación en igualdad de condiciones entre las partes, sin amenazas ni acciones agresivas unilaterales. Sin embargo, y amén de cierto optimismo que comenzó a reinar entre los gobiernos y la opinión pública en Polonia y en Francia, y también en el Reino Unido (sobre todo debido a ciertos rumores de inestabilidad dentro de la dirigencia del partido nacionalsocialista y del Estado alemán), los preparativos para la guerra continuaron; de hecho, estos eran vistos como una necesidad a la hora de mostrar firmeza frente a la agresión alemana. Hitler, por su parte, alentado por el apoyo que le otorgaba el pacto llevado a cabo con la Unión Soviética, vio en la voluntad de diálogo del Reino Unido y de Francia la posibilidad de que una guerra general pudiera ser evitada, y reprogramó la invasión a Polonia para el 1 de septiembre. La última negociación, finalmente, se llevó a cabo el 29 de agosto, pero las condiciones impuestas por Alemania a Polonia —para retomar las “relaciones amistosas”— eran inaceptables para este último: debía renunciar a Danzig

4 Overy sostiene que había tres salidas a la guerra: que Alemania se echase atrás; que Polonia se sentara a discutir la “Cuestión Polaca” con Alemania; que Gran Bretaña y Francia abandonasen sus compromisos con Europa del Este, y dieran lugar a los ambiciosos planes de Hitler. Si bien ninguna era probable, las tres eran posibilidades reales.

y al Corredor. Polonia no aceptó este ultimátum y el diálogo entre Varsovia y Berlín llegó a su fin.

Las potencias occidentales, por su parte, tampoco lo aceptaron, en pos de evitar sumar otro antecedente como el que proveyó el Acuerdo de Múnich. Overy plantea que las negociaciones en las que se embarcó Alemania, así como lo inaceptable de sus propuestas eran, ante todo, una estrategia para demonizar a Polonia (que se rehusaba a aceptar los términos de paz de Alemania), alejarla de Gran Bretaña, y así legitimar una guerra local. La negociación sería no era una opción: el tiempo transcurrido entre la aplazada primera invasión, y la concretada segunda, fue utilizado para propagar la idea de que Polonia era la culpable del conflicto, y que por lo tanto la guerra sería una “guerra justa”. Sin embargo, plantea el autor, la idea de que la guerra se llevaría a cabo por cuestiones diplomáticas o militares nunca cruzó la mente de Hitler: esta era, ante todo, una guerra expansionista motivada por principios raciales: la consecución del *Lebensraum* en el este y la creación del Gran Reich alemán. A la postre, y luego de la “humillación” sufrida en Múnich el año anterior, la idea de echarse atrás ya no era siquiera una posibilidad. Por ello, nada de lo que hubiese (hipotéticamente hablando) hecho Polonia, habría disuadido a Hitler. El inicio de las hostilidades fue programado, y comunicado a los jefes de la *Wehrmacht*, para las 4:45 de la madrugada del primer día de septiembre.

En el capítulo 3 se relatan las primeras 48 horas del conflicto, en los cuales la guerra todavía no era mundial, sino solamente regional. Según Overy, fueron estas las horas más gloriosas de Hitler, en las cuales pudo demostrar todo el poderío y la efectividad de la máquina militar alemana, orientada a invadir y recuperar aquello que había sido otorgado, a raíz del Tratado de Versalles, a Polonia. Durante estos primeros momentos, Alemania continuó buscando evitar el ingreso de Gran Bretaña al conflicto, y por ello prosiguió echando la culpa de las tensiones a la negativa de Polonia a aceptar que Danzig y el Corredor Polaco eran y continuaban siendo, según Hitler, alemanes.⁵ La recepción de esta postura por la opinión pública alemana fue, según los

5 Además, estos fueron los momentos en los cuales se dieron los primeros pasos efectivos hacia la Solución Final, que adquiriría su versión definitiva en los últimos meses de 1941. El primero de septiembre de 1939 se implementó el Programa de Eutanasia (Aktion T4), que conectó el esfuerzo bélico a cuestiones raciales, derivadas de la ideología nazi, y fue el responsable de la muerte “legal” de unas 200.000 personas, consideradas, debido a sus condiciones físicas o mentales, inferiores al estándar ario esperado y exigido por el partido. Overy menciona este hecho pero no se extiende sobre el mismo. Para más información sobre el Programa de Eutanasia, ver, por ejemplo, Friedlander, Henry. *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, University

testimonios de época (el más conocido de los cuales es probablemente el *Diario de Berlín* de William Shirer),⁶ positiva, puesto que se consideraba que Gran Bretaña y Francia no entrarían en guerra por el compromiso con Polonia. Y es que de hecho, sostiene Overy, en estas últimas horas los gobiernos de estos dos países prosiguieron con el esfuerzo por evitar (o, en el peor de los casos, dilatar) el comienzo de las hostilidades con Alemania. Sin embargo, el Reino Unido continuó negándose a negociar con esta última mientras sus tropas continuaran en suelo polaco. Además, la posibilidad de enviar un ultimátum terminal a Alemania se vio condicionada por la necesidad de hacerlo acompañada con Francia, que, encabezada por el pacifista Bonnet, dilataba cualquier toma de decisión que implicara a esta última en un potencial conflicto bélico. Fueron estas, entonces, según el autor, las horas en las cuales se fue convenciendo a Chamberlain, a Bonnet y a la opinión pública inglesa y francesa, de que el compromiso con Polonia sólo podría ser cumplimentado enfrentando bélicamente a Hitler. Y se debe tener en cuenta que ese compromiso, fuera cual fuese su fin último y su motivación, nunca buscó ser eludido. Finalmente, Francia y Gran Bretaña se pusieron de acuerdo en enviar un ultimátum final, del cual no se obtuvo respuesta alguna, por lo menos en el tiempo estipulado.

El capítulo 4 trabaja lo acaecido aquel fatídico 3 de septiembre, fecha del inicio formal de la Segunda Guerra Mundial. Fue este, según Overy, “el día de Chamberlain” (p.103), quien, ante la falta de respuesta alemana, finalmente tuvo que declarar, a las 11.15 de la mañana, y en solitario (Francia lo haría recién varias horas después) una guerra que no quería, pero que inexorablemente debía enfrentar. La reacción de Alemania frente a este escenario fue, fundamentalmente, de asombro y preocupación, puesto que se encontró, finalmente, frente a una guerra que creía que no se produciría. Esto se expresó también, según Overy, en la opinión pública: mientras que en Gran Bretaña reinaba cierto alivio (como si el intento por evitar la guerra hubiese sido nadar fútilmente y con todas las fuerzas en contra de la corriente), y en Francia una sorda y resignada firmeza, en Alemania reinó un ambiente sombrío, caracterizado por la decepción y la desesperanza, aun cuando en las cúpulas de gobierno se siguiera pensando que, eventualmente, las potencias occidentales desertarían del compromiso con Polonia, y que por lo

of North Carolina Press, 1995.

6 Shirer, William: *Diario de Berlín*, Barcelona, Debate, 2008. La primera versión en inglés es de 1941.

tanto no se embarcarían en una guerra plena. Esta suposición explica la negativa a detener el avance de las tropas alemanas, lo cual negó, teniendo en cuenta la postura “real” de Chamberlain (es decir, firmeza hasta las últimas consecuencias), cualquier posibilidad de paz. Sin embargo, había algo de cierto en esta fatal suposición de Hitler y sus allegados en el gobierno nacionalsocialista: las primeras acciones militares se desarrollaron casi únicamente en suelo polaco; y es que, amén de su compromiso con Polonia, Francia y Gran Bretaña no tenían la más mínima intención de *luchar* en defensa del tercero. La disuasión, y no el enfrentamiento, era el objetivo, al menos por el momento.

Finalmente, en la conclusión, Richard Overy somete a consideración, una vez más, la cuestión más importante: ¿por qué estalló, en septiembre de 1939, una guerra general en Europa? Frente al problema de qué quería y esperaba cada gobierno, el autor concluye que Alemania sí quería desatar una guerra, aunque limitada regionalmente a Polonia o, en el más extremo de los casos, a Europa Oriental, si se toma en consideración la seriedad de los imperativos ideológicos en la delineación de la política exterior nacionalsocialista. Teniendo en cuenta el hecho de que en las cúpulas nazis no se creía seriamente en la continuidad infinita del compromiso británico con Polonia, la guerra era vista a la vez como apetecible y carente de riesgos considerables. En Gran Bretaña y Francia, por su parte, una guerra a gran escala era vista como impopular (aun cuando en la opinión pública fuera frontalmente antifascista y antihitleriana, y se considerara que la política exterior alemana amenazaba la “forma de vida occidental”) y costosa al efecto de la continuidad de ambos imperios, por lo cual la estrategia se limitó a la disuasión a través de la firmeza; su idea de una guerra no era, según el autor, salvar a Polonia, sino a sí mismas, de lo que consideraban era un “mundo en desintegración” (p.136), representado en todo por el enemigo alemán.

En estas circunstancias, y visto retrospectivamente, sostiene Overy, “El guión de la crisis final no estaba del todo escrito de antemano” (p.131). El final bien pudo haber sido otro; el enfrentamiento final adquirió su cariz con las decisiones tomadas en estas últimas horas, signadas por un aumento de la tensión, lo cual fue opacando cada vez más el campo amplio de visión (imparcial, objetivo), y fue atando cada vez más a los gobiernos a sus propias percepciones, las cuales no necesariamente eran del todo racionales pero sí terminaron conduciendo al continente

hacia el abismo. Con esta reflexión final, Overy busca poner de manifiesto la importancia que los últimos días previos a la guerra tuvieron, aun cuando la historiografía los haya venido subestimando. Esta reivindicación, por su parte, va de la mano con la que el autor realiza de la historia política, la de los “grandes hombres”, sin negar por ello la importancia que los estudios estructuralistas tuvieron en el análisis de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial.

En definitiva, la principal virtud de Richard Overy es haber reflatado el análisis acontecimental de un período de tiempo tan fatídico y determinante, como también eludido por los estudios de los orígenes del mencionado conflicto. Sin embargo, cabe agregar, el libro aquí comentado se muestra mucho más rico si se lo considera en tanto epílogo de un análisis de más amplio espectro, puesto que muchos de los acontecimientos que, de hecho, dieron forma y lugar a estos últimos diez días, son mencionados solo tangencialmente por el autor.⁷ Teniendo en cuenta que Overy no se compromete a esto último, se puede sostener que su libro cumple perfectamente con lo que promete el título, e incluso llama la atención sobre la necesidad de profundizar sobre las causas de más largo plazo que ofrece este conflicto, empresa que el autor ya realizara con anterioridad.

7 A su vez, si se quiere ir más allá y comprender cómo el fenómeno se convirtió de una guerra eminentemente europea en una guerra verdaderamente mundial, continuando con el punto de vista de los hombres de Estado y resaltando sus decisiones, se puede recurrir a Kershaw, Ian, *Decisiones trascendentales. De Dunquerque a Pearl Harbor (1940-1941). El año que cambió la historia*, Barcelona, Península, 2008.